

SI ÉL HUBIERA HECHO ALGO HORRIBLE,  
ELLA LO SABRÍA.  
¿O NO?

# LA VIUDA

FIONA BARTON



LA VIUDA



FIONA BARTON

# LA VIUDA

Traducción de Aleix Montoto

 Planeta

EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *The Widow*

© Fiona Barton, 2016

© por la traducción, Aleix Montoto, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición de la obra completa: junio de 2016

ISBN de la obra completa: 978-84-08-15554-6

Composición: Fotocomposición gama, sl

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Querido lector:

Me he pasado mucho tiempo observando a la gente. No sólo en cafeterías y estaciones de tren, sino también profesionalmente. Como periodista, he ejercido de espectadora profesional —u «observadora cualificada», como solíamos decir en broma— y no he dejado de fijarme en el lenguaje corporal y los tics verbales que nos singularizan y vuelven interesantes para los demás.

A lo largo de los años, he entrevistado a víctimas, culpables, famosos y gente corriente afectada por la tragedia o la buena fortuna. Curiosamente, sin embargo, no siempre ha sido la gente bajo los focos la que más me ha llamado la atención. Con frecuencia, han sido más bien las personas que estaban en la periferia, los actores secundarios del drama, quienes me han seguido obsesionando.

En juicios importantes —por crímenes sonados y terribles que copaban titulares— me he descubierto a mí misma observando a la esposa del hombre que estaba siendo juzgado, preguntándome qué sabía o se permitía a sí misma saber en realidad.

Tú también la habrás visto en las noticias. Puede que hayas tenido que prestar especial atención, pero ahí está ella, detrás de su marido en la escalinata del juzgado. Mientras él proclama su inocencia, ella asiente y se aferra a su brazo porque cree en él.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando las cámaras ya no los enfocan y el mundo mira hacia otro lado?

No puedo borrar de mi mente la imagen de dos personas comiendo en casa un pastel de carne y patata como cualquier otra pareja de su calle, pero incapaces de hablar entre sí. El único sonido es el roce de los cubiertos en los platos mientras ambos son presa de las dudas que se filtran por debajo de la puerta de su hogar.

Y es que, sin testigos o distracciones, las máscaras terminan cayéndose.

Yo quería —necesitaba— saber cómo lidiaba esta mujer con la idea de que su marido, el hombre con quien había escogido vivir, pudiera ser un monstruo.

Y entonces apareció Jean Taylor. Se trata de la mujer tranquila que tantas veces había visto en la escalinata del juzgado, la esposa que permanecía con el rostro inexpresivo mientras su esposo ofrecía testimonio.

En ésta, mi primera novela, Jean cuenta las versiones pública y privada de un esposo al que adora y un matrimonio feliz que se ve alterado cuando una niña desaparece y la policía y la prensa se presentan en su puerta.

Espero que disfrutes de este libro. A mí me ha encantado escribirlo y sólo tengo palabras de agradecimiento para Jean Taylor, y para las mujeres que la han inspirado.

FIONA BARTON



*Para Gary, Tom y Lucy,  
sin quienes nada tendría sentido*



## CAPÍTULO 1

*Miércoles, 9 de junio de 2010*

### **La viuda**

Puedo oír el ruido que hace la mujer al recorrer el sendero. Sus pasos son pesados y lleva zapatos de tacón. Ya casi ha llegado a la puerta, y vacila y se aparta el pelo de la cara. Va bien vestida. Chaqueta de botones grandes, un respetable vestido debajo y las gafas sobre la cabeza. No es un testigo de Jehová ni un miembro del Partido Laborista. Debe de ser periodista, pero no parece la típica reportera. Hoy ya se han presentado dos (cuatro esta semana, y sólo estamos a miércoles). Apuesto a que me dice: «Lamento molestarla en unos momentos tan difíciles». Todos lo hacen y ponen esa estúpida cara. Como si les importara.

Esperaré a ver si llama al timbre dos veces. El hombre de esta mañana no lo ha hecho. A algunos les aburre mortalmente intentarlo. En cuanto despegan el dedo del timbre, recorren de vuelta el sendero tan rápido como pueden, se meten en el coche y se marchan. Ya pueden decirles a sus jefes que han llamado a la puerta pero que ella no estaba en casa. Patético.

La mujer llama dos veces al timbre. Luego golpea la puerta con fuerza en plan pom-pom-pompom-pom-pom. Como un policía. Me ve mirando por el hueco lateral de los visillos y sonrío de oreja a oreja. Una sonrisa hollywoodiense, como solía decir mi madre. Luego vuelve a llamar a la puerta.

Cuando abro, la mujer me da la botella de leche que me habían dejado en el peldaño de la puerta y dice:

—Será mejor que no la deje fuera o se pondrá mala. ¿Puedo entrar? ¿Está hirviendo agua?

No puedo respirar y menos todavía hablar. Ella vuelve a sonreír con la cabeza ladeada.

—Soy Kate —anuncia—. Kate Waters, periodista del *Daily Post*.

—Yo soy... —comienzo a decir, y de repente me doy cuenta de que no me lo ha preguntado.

—Ya sé quién es usted, señora Taylor —explica ella. Se sobreentienden las palabras «usted es la noticia»—. No nos quedemos aquí. —Y, mientras habla, de algún modo se las arregla para entrar en casa.

Me siento demasiado aturdida por el desarrollo de

los acontecimientos y ella toma mi silencio como permiso para ir a la cocina con la botella de leche y prepararme una taza de té. Yo la sigo. No es una cocina muy grande y no dejamos de estorbarnos mientras ella va de un lado para otro, llenando de agua el hervidor y abriendo todos los armarios en busca de tazas y azúcar. Permanezco ahí de pie, sin hacer nada.

Ella elogia los muebles de la cocina.

—Qué cocina más encantadora. Ojalá la mía tuviera este aspecto. ¿Los puso usted?

Me siento como si estuviera hablando con una amiga. Hablar con un periodista no es como pensaba. Creía que se parecería a cuando te inquiere la policía. Que sería una experiencia terrible, un interrogatorio. Eso es lo que dijo mi marido, Glen. Por alguna razón, sin embargo, no lo es.

—Sí, nos decidimos por puertas blancas y tiradores rojos porque se veía muy limpio —digo. Estoy en mi casa hablando sobre muebles de cocina con una periodista. A Glen le habría dado un ataque.

—Es por aquí, ¿no? —pregunta, y yo abro la puerta que da al salón.

No estoy segura de si quiero que esté aquí o no; no estoy segura de cómo me siento. En cualquier caso, no me parece adecuado protestar ahora que ya está sentada con una taza de té en la mano. Es divertido, en cierto modo estoy disfrutando de la atención. Me siento algo sola en casa ahora que Glen ya no está.

Y ella parece estar al mando de la situación. Lo cierto es que resulta agradable volver a tener a alguien que se encargue de mí. Estaba comenzando a temer que tendría que arreglármelas con todo yo sola, pero Kate Waters me dice que ella se ocupará de todo.

Lo único que he de hacer es hablarle de mi vida, me dice.

¿Mi vida? En realidad, ella no quiere saber nada sobre mí. No ha recorrido el sendero de mi casa para oír hablar acerca de Jean Taylor. Lo que quiere es saber la verdad sobre él. Sobre Glen. Mi marido.

Y es que mi marido murió hace tres semanas. Atropellado por un autobús delante de un supermercado Sainsbury's. Un minuto estaba ahí, sermoneándose sobre el tipo de cereal que debería haber comprado, y, al siguiente, yacía muerto en la calle. Traumatismo craneal, dijeron. Sea como sea, había muerto. Yo me quedé inmóvil, mirándolo, ahí tirado. La gente corría de un lado para otro en busca de mantas y había un poco de sangre en la acera. Pero tampoco mucha. Él se habría alegrado. Le desagradaba cualquier forma de suciedad.

Todo el mundo fue muy amable e intentó que no viera el cadáver. No podía decirles que en realidad me alegraba de que hubiera fallecido. Se habían acabado sus tonterías.

## CAPÍTULO 2

*Miércoles, 9 de junio de 2010*

### **La viuda**

La policía vino al hospital, por supuesto. Incluso el inspector Bob Sparkes se presentó en urgencias para hablar sobre Glen.

No le conté nada ni a él ni a los demás. Les dije que no había nada que decir, que estaba demasiado afectada para hablar. Lloré un poco.

El inspector Bob Sparkes ha formado parte de mi vida desde hace mucho tiempo —más de tres años ya—, pero creo que quizá desaparecerá contigo, Glen.

A Kate Waters no le cuento nada de esto. Ella permanece sentada en el otro sillón del salón, con la taza de té en las manos y agitando ligeramente los pies.

—Jean —dice. Ya no me llama señora Taylor—,

esta última semana debe de haber sido horrible para ti. Y más aún después de todo lo que ya habías pasado.

Me quedo mirando el regazo sin decir nada. Ella no tiene ni idea de todo lo que he pasado. En realidad, nadie lo sabe. Nunca he sido capaz de contárselo a nadie. Glen decía que eso era lo mejor.

Aguardamos un momento en silencio y luego ella intenta otra táctica. Se pone de pie y coge una foto de la repisa de la chimenea en la que Glen y yo estamos riéndonos de algo.

—¿Qué joven estás aquí! —dice—. ¿Es de antes de que os casarais?

Yo asiento.

—¿Os conocíais desde hacía mucho tiempo? ¿Quizá de la escuela?

—No, en la escuela no. Nos conocimos en una parada de autobús —le cuento—. Era muy guapo y me hizo reír. Yo tenía diecisiete años, era aprendiz de peluquera en Greenwich, y él trabajaba en un banco. Era un poco mayor que yo y llevaba traje y unos zapatos buenos. Era distinto.

Estoy haciendo que suene como una novela romántica y Kate Waters se lo está tragando todo. Toma notas en su cuaderno, me mira por encima de sus pequeñas gafas y asiente como si comprendiera. A mí no me engaña.

En realidad, al principio Glen no parecía muy romántico. Nuestro noviazgo lo pasamos principal-



mente a oscuras (el cine, el asiento trasero de su Escort, el parque...), y no había mucho tiempo para hablar. Pero recuerdo la primera vez que me dijo que me quería. Noté un cosquilleo por todo el cuerpo, como si pudiera notar cada centímetro de mi piel. Me sentí viva por primera vez en la vida. Yo también le dije que lo quería. Desesperadamente. Que no podía comer ni dormir pensando en él.

Mi madre decía que estaba «embelesada» cuando me veía deambulando por casa absorta en mis ensañaciones. No estaba segura de lo que quería decir con lo de «embelesada», pero yo deseaba estar con Glen a todas horas y por aquel entonces él decía que sentía lo mismo. Creo que mi madre estaba un poquito celosa. Se apoyaba en mí.

«Se apoya demasiado en ti —decía Glen—. No es sano ir a todas partes con tu hija.» Intenté explicarle que a mi madre le daba miedo salir sola, pero Glen señaló que estaba siendo egoísta.

Era muy protector: en el pub, era él quien escogía mi asiento, lejos de la barra («No quiero que sea demasiado ruidoso para ti»), y en los restaurantes pedía por mí para que probara cosas nuevas («Esto te encantará, Jeanie. Pruébalo»). Yo lo hacía y a veces esas cosas nuevas eran maravillosas. Y si no lo eran, no decía nada para no herir sus sentimientos. Solía quedarse callado si decía algo en su contra. Yo odiaba eso. Sentía que lo había decepcionado.

Nunca había salido con alguien como Glen, alguien que sabía lo que quería en la vida. Los otros chicos eran sólo eso: chicos.

Dos años después, cuando Glen me propuso matrimonio, no lo hizo arrodillándose. Simplemente me acercó a él y me dijo: «Me perteneces, Jeanie. Estamos hechos el uno para el otro... Casémonos».

Para entonces, ya se había ganado a mi madre. Glen solía venir con flores: «Un pequeño presente para la otra mujer de mi vida», le decía para hacerla reír, y luego se ponía a hablar sobre la serie de televisión *Coronation Street* o la familia real, y a mi madre le encantaba. Comenzó a decir que yo era una chica con suerte. Que Glen era bueno para mí. Que haría alguien de mí. Se notaba que me cuidaría. Y efectivamente lo hizo.

—¿Cómo era él por aquel entonces? —pregunta Kate Waters inclinándose hacia delante para animarme a que siga hablando. Por aquel entonces. Quiere decir, antes de todo lo malo.

—Era un hombre encantador. Muy cariñoso, me colmaba de atenciones —le cuento—. Siempre me traía flores y regalos. Decía que yo era su media naranja. Yo me sentía abrumada. Sólo tenía diecisiete años.

A ella le encanta. Lo anota todo con una divertida letra y levanta la mirada. Yo intento no reírme. Noto cómo el ataque crece en mi interior, pero al final lo exteriorizo en forma de sollozo y ella extiende la mano para tocarme el brazo.

—No te sientas triste —dice—. Ya ha pasado todo.

Y así es. Se acabó la policía, se acabó Glen. Y se acabaron sus tonterías.

No recuerdo bien cuándo comencé a utilizar esta palabra. Se trataba de algo que había empezado mucho antes de que yo le pusiera un nombre. Estaba demasiado ocupada encargándome de que nuestro matrimonio fuera perfecto, comenzando por nuestra boda en Charlton House.

Yo tenía diecinueve años y mis padres pensaban que era demasiado joven, pero los convencimos. Bueno, en realidad lo hizo Glen. Estaba tan empeñado y tan loco por mí que al final mi padre accedió y lo celebramos con una botella de Lambrusco.

Pagaron una fortuna por la boda porque yo era su única hija y me pasé los meses previos mirando fotografías en revistas de novias con mi madre y soñando con mi gran día. Mi gran día. Me aferré a esa idea y llené mi vida con ella. Glen nunca se entrometió.

—Ésa es tu sección —decía, y se reía.

Lo decía como si él también tuviera una. Yo pensaba que probablemente se trataba de su trabajo; solía decir que era el principal sostén de la familia. «Sé que suena anticuado, Jeanie, pero quiero cuidar de ti. Todavía eres muy joven y tenemos toda la vida por delante».

Siempre tenía grandes ideas y parecían muy excitantes cuando hablaba sobre ellas. Decía que llegaría

a ser el director de la sucursal y que luego lo dejaría para montar su propio negocio y así ser su propio jefe y ganar mucho dinero. Yo ya lo imaginaba con un buen traje, secretaria y un cochazo. En cuanto a mí, estaría ahí para él. «Nunca cambies, Jeanie. Te quiero tal y como eres», me decía.

Así pues, compramos la casa del número 12 y después de la boda nos trasladamos. Pasados todos estos años todavía estamos aquí.

La casa tenía un jardín delantero, pero echamos grava para, tal y como dijo Glen, «ahorrarnos el tener que cortar la hierba». A mí me gustaba la hierba, pero a Glen le gustaban las cosas bien limpias y cuidadas. Al principio, nada más mudarnos, esto me resultó algo difícil porque yo siempre había sido algo desordenada. Mi madre todo el tiempo estaba recogiendo platos sucios y calcetines desaparejados que dejaba debajo de la cama. Glen se habría muerto si hubiera mirado.

Todavía puedo verlo apretando los dientes y entrecerrando los ojos una tarde que me pilló echando migas de la mesa al suelo con la mano después de tomar el té. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que estaba haciéndolo, debía de haberlo hecho cientos de veces de forma inconsciente, pero ya no volvería a hacerlo. En esto, Glen ejerció una buena influencia en mí, pues me enseñó a hacer las cosas bien para que la casa estuviera impoluta. A él le gustaba así.

Al principio, Glen solía hablarme de su trabajo en el banco: las responsabilidades que tenía, los empleados de menor experiencia que dependían de él, las bromas que se hacían unos a otros, el jefe que no podía soportar —«Se cree que es mejor que nadie, Jeanie»— y la gente con la que trabajaba. Joy y Liz, que tenían funciones administrativas; Scott, uno de los empleados de ventanilla, que tenía una piel terrible y se sonrojaba por cualquier cosa; May, la becaria que no dejaba de cometer errores. A mí me encantaba escucharle, me encantaba oír cosas de su mundo.

Supongo que yo le contaba cosas del mío, pero siempre parecíamos volver rápidamente al banco.

—Cortar pelo no es el trabajo más excitante del mundo —decía—, pero tú lo haces muy bien, Jeanie. Estoy muy orgulloso de ti.

Glen decía que sólo intentaba que me sintiera mejor conmigo misma. Y lo conseguía. Que él me quisiera me hacía sentir a salvo.

Kate Waters está mirándome y haciendo otra vez eso con la cabeza. Es buena, lo reconozco. Nunca antes había hablado con un periodista salvo para decirle que se marchara. Y menos todavía había permitido que entrara alguno en casa. Llevaban años presentándose en mi puerta de forma intermitente y ninguno había entrado hasta hoy. Glen se aseguraba de ello.

Pero él ya no está aquí. Y Kate Waters parece distinta. Me ha dicho que siente una «verdadera cone-

xión» conmigo. Dice que tiene la sensación de que nos conocemos desde hace años. Sé lo que quiere decir.

—La muerte de tu marido debe de haber supuesto una terrible conmoción para ti —indica al tiempo que vuelve a cogerme el brazo.

Yo asiento como una idiota.

No puedo contarle cómo había comenzado a permanecer despierta en la cama deseando que Glen estuviese muerto. Bueno, no muerto exactamente. No quería que le hicieran daño o que sufriera, sólo que ya no estuviera ahí. Solía fantasear con el instante en el que recibía la llamada de un agente de policía.

«Señora Taylor —imaginaba yo que me decía una voz profunda—. Lo siento pero tengo malas noticias. —La expectación que sentía por lo que venía a continuación solía provocar que se me escapara una risita—. Señora Taylor, me temo que su esposo ha fallecido en un accidente.»

Entonces me veía a mí misma —lo hacía de verdad— sollozando y cogiendo el teléfono para llamar a su madre y contárselo. «Mary —imaginaba que le decía—, lo siento mucho, tengo malas noticias. Se trata de Glen. Ha muerto.»

Puedo oír la conmoción en su grito ahogado. Puedo sentir su dolor. Puedo sentir la compasión de mis amigos por la pérdida que he sufrido, el calor de mi familia a mi alrededor. Y luego la secreta excitación.

Yo, la viuda doliente. No me hagas reír.

Por supuesto, cuando pasó de verdad me pareció mucho menos real. Por un momento tuve la sensación de que su madre se sentía tan aliviada como yo de que todo hubiera terminado, luego dejó a un lado el teléfono y se puso a llorar por su hijo. Por lo demás, no hubo amigos a quienes contárselo y sólo un puñado de familiares vinieron a verme.

Kate Waters me dice entonces que necesita ir al baño y que se tomaría otra taza de té. Yo me limito a darle mi taza y a indicarle dónde está el baño de la planta baja. En cuanto sale del salón, echo un vistazo rápido a mi alrededor para asegurarme de que no hay nada de Glen. Ningún recuerdo que pueda robar. Glen me advirtió al respecto. Me contó todas esas historias sobre los periodistas. Oigo la cadena del váter y, al poco, Kate reaparece con una bandeja y vuelve a lo extraordinaria que debo de ser para haberme comportado con semejante lealtad.

Yo no dejo de mirar la fotografía de la boda que cuelga de la pared sobre la chimenea de gas. Se nos ve muy jóvenes, como si fuéramos vestidos con la ropa de nuestros padres. Kate Waters se da cuenta de que estoy mirando la fotografía y la descuelga.

Se sienta sobre el brazo de mi sillón y la miramos juntas. 6 de septiembre de 1989. El día en el que nos casamos. Por alguna razón, comienzo a llorar —mis primeras lágrimas reales desde que murió Glen— y Kate Waters me rodea los hombros con un brazo.

## CAPÍTULO 3

*Miércoles, 9 de junio de 2010*

### **La periodista**

Kate Waters cambió de postura en el sillón. No debería haber tomado antes esa taza de café; entre eso y el té de ahora, su vejiga estaba a punto de reventar y tendría que dejar a Jean Taylor sola con sus pensamientos. No era una buena idea a esas alturas del partido, sobre todo teniendo en cuenta que Jean se había quedado algo callada, y permanecía inmóvil sorbiendo su té con la mirada perdida. Kate no quería romper el vínculo que estaba creando con ella. Se encontraban en un punto muy delicado. Si perdía contacto visual con ella, el ambiente que había creado podía cambiar.

Su marido Steve comparó una vez su trabajo con



el acoso a un animal. Había tomado más de una copa de Rioja y estaba fanfarroneando en una cena con amigos.

—Se acerca cada vez más a la presa, alimentándola con pequeñas muestras de amabilidad y humor, una mención al dinero futuro, la posibilidad de ofrecer su versión de la historia, hasta que la tiene comiendo en la palma de su mano. Es un verdadero arte —les dijo a los invitados congregados a su mesa.

Eran sus colegas del departamento de oncología y Kate se limitó a fingir una sonrisa profesional y a murmurar: «Vamos, querido, me conoces mejor que eso», mientras los invitados reían nerviosamente y le daban un trago a su vino. Luego, cuando ella y su marido recogían, le mostró su enfado arrojando las cazuelas al fregadero y salpicando el suelo con agua enjabonada, pero Steve la rodeó con los brazos y comenzó a besarla hasta que se reconciliaron.

—Ya sabes lo mucho que te admiro, Kate —le dijo—. Eres brillante en lo que haces.

Ella le devolvió el beso, pero él tenía razón. A veces, entablar una conexión instantánea con un desconocido receloso o incluso hostil se parecía a un juego o a un baile de seducción. A ella le encantaba. Adoraba el subidón de adrenalina que sentía al dejar atrás a sus competidores, ser la primera que pisaba el peldaño de una puerta y llamar al timbre mientras oía los ruidos de la vida cotidiana en el interior de la casa.

Podía ver entonces cómo cambiaba la luz a través de la escarcha de la ventana cuando la persona se acercaba y, en cuanto se abría la puerta, se metía de lleno en el papel.

Los periodistas tienen distintas técnicas para entrar en una casa. Un amigo con el que había estudiado llamaba «último cachorro del cesto» a la expresión que ponía para obtener la simpatía de la persona que le abría la puerta; otra siempre le echaba las culpas a su redactor jefe por obligarla a llamar de nuevo a una puerta; y había una que incluso había llegado a meterse una almohada debajo del suéter para fingir que estaba embarazada y pedir así permiso para utilizar el servicio y entrar en la casa.

Ése no era el estilo de Kate. Ella tenía sus propias reglas: sonreír siempre, no acercarse nunca demasiado a la puerta, no comenzar con una disculpa, e intentar que no se le notara el hecho de que iba detrás de la noticia. Ya había utilizado lo de la botella de leche antes, pero los lecheros cada vez escaseaban más. Se sintió muy satisfecha de sí misma por haber conseguido cruzar la puerta de Jean Taylor con semejante facilidad.

A decir verdad, no había querido ir allí. Tenía que ir a la oficina para rellenar los formularios de gastos antes de que le cobraran el recibo de la tarjeta de crédito y su cuenta bancaria se vaciara. Pero a su redactor jefe le había dado igual.

—Ve y llama a casa de la viuda, te pillas de camino —exclamó Terry Deacon por teléfono mientras de fondo se oían a todo volumen los titulares de la radio—. Nunca se sabe. Puede que hoy sea tu día de suerte.

Kate suspiró. Supo de inmediato a quién se refería Terry. Sólo había una viuda a la que todo el mundo quería entrevistar esa semana, aunque también sabía que se trataba de un sendero muy trillado. Tres colegas del *Post* ya lo habían intentado, y estaba segura de que ella debía de ser la última periodista del país en llamar a esa puerta en concreto.

Casi.

En cuanto llegó a la altura de la calle de Jean Taylor, buscó automáticamente a otros periodistas y divisó al instante al hombre del *The Times* de pie junto a un coche. Corbata aburrida, parches en los codos y raya al lado. Clásico. Ella siguió adelante mientras el tráfico de la calle principal avanzaba a ritmo lento, pero sin dejar de observar al enemigo. Tendría que dar una vuelta a la manzana y esperar que, cuando volviera a pasar, el tipo ya se hubiera marchado.

—¡Maldita sea! —masculló al tiempo que ponía el intermitente para girar a la izquierda y se metía en una calle lateral para aparcar.

Quince minutos y un vistazo a los periódicos después, Kate se volvió a poner el cinturón de seguridad y arrancó de nuevo el coche. Su teléfono móvil sonó y ella rebuscó en el bolso con la mano hasta encontrar-

lo. Al sacarlo, vio el nombre de Bob Sparkes en la pantalla y respondió la llamada.

—Hola, Bob, ¿cómo estás? ¿Qué sucede?

El inspector Bob Sparkes quería algo, eso estaba claro. No era una de esas personas que llaman para charlar y estaba segura de que la llamada duraría menos de sesenta segundos.

—Hola, Kate, Bien, gracias. Algo ocupado, ya sabes cómo es la cosa. Tengo un par de casos en marcha, pero nada interesante. Verás, Kate, me preguntaba si todavía estabas trabajando en el caso de Glen Taylor.

—Por Dios santo, Bob, ¿es que acaso me vigilas con cámaras? Estoy a punto de llamar a la puerta de Jean Taylor.

Sparkes se rio.

—No te preocupes, que yo sepa no estás bajo vigilancia.

—¿Hay algo que deba saber antes de que la vea? —preguntó Kate—. ¿Alguna novedad desde la muerte de Glen Taylor?

—No, en realidad no. —Percibió el tono de decepción en la voz del inspector—. Más bien me preguntaba si tú te habías enterado de algo nuevo. Bueno, si consigues que Jean te cuente algo, te agradecería que me avisaras.

—Luego te llamo —dijo ella—, pero probablemente me cerrará la puerta en las narices. Eso es lo que ha hecho a todos los demás periodistas.

—De acuerdo, luego hablamos.

Llamada finalizada. Kate miró la pantalla del móvil y sonrió. Cuarenta y un segundos. Un nuevo récord. La próxima vez que lo viera tenía que hacer algún comentario al respecto.

Cinco minutos después, la calle de Jean Taylor ya estaba libre de periodistas y recorrió el sendero en dirección a la casa.

Ahora necesitaba la historia.

«¿Cómo diantre puedo concentrarme?», pensó mientras se clavaba las uñas en las manos para distraerse. No, así no.

—Lo siento, Jean, ¿te importaría que utilizara tu cuarto de baño? —dijo disculpándose con una sonrisa—. El té no perdona, ¿verdad? Si te parece, puedo preparar otra taza para ambas.

Jean asintió y se levantó de su asiento para indicarle el camino.

—Es por aquí —dijo haciéndose a un lado para que Kate pudiera dirigirse al cuidado rinconcito que era el aseo de la planta baja.

Mientras se lavaba las manos con el perfumado jabón para invitados, Kate levantó la mirada y se vio en el espejo. Pensó que parecía algo cansada, así que se arregló el cabello alborotado y se dio unos golpecitos en las bolsas de los ojos con las puntas de los dedos tal y como le había enseñado la chica que le hacía sus ocasionales tratamientos faciales.

Luego, sola en la cocina, aprovechó para leer las notas y los imanes del frigorífico mientras esperaba que el agua hirviera. Listas de la compra y recuerdos de vacaciones; allí no había nada para ella. Una fotografía de los Taylor tomada en un restaurante de playa mostraba a la pareja sonriendo y levantando sus vasos en dirección a la cámara. Glen Taylor aparecía con el pelo oscuro enmarañado y una sonrisa de vacaciones en el rostro. En cuanto a Jean, llevaba el pelo rubio oscuro teñido para la ocasión y colocado cuidadosamente detrás de las orejas, tenía el maquillaje un tanto corrido por el calor y miraba de reojo a su esposo.

¿Era una mirada de adoración o de temor?, se preguntó Kate.

Estaba claro que los últimos dos años se habían cobrado un peaje en la mujer de la fotografía. La Jean que la esperaba en el salón iba ataviada con unos pantalones anchos, una camiseta grande y un cárdigan y llevaba el pelo recogido en una corta coleta de la que se le habían escapado algunos mechones. Steve solía bromear con el hecho de que Kate siempre se fijara en los pequeños detalles, pero eso formaba parte del trabajo. «Soy una observadora cualificada», bromeaba ella y luego se recreaba señalando algunos pequeños detalles reveladores. En esta ocasión, había reparado inmediatamente en las ásperas y agrietadas manos de Jean —manos de peluquera, pensó Kate— y en la piel que rodeaba sus uñas, irregular a causa de los mordisqueos nerviosos.

Las arrugas alrededor de los ojos de la viuda contaban su propia historia.

Kate cogió su móvil y fotografió la instantánea de vacaciones. Advirtió que la cocina estaba immaculada; nada que ver con la suya, en la que, sin duda, sus hijos adolescentes habrían dejado el rastro de los restos de su desayuno: tazas de café manchadas, leche agria, tostadas a medio comer y un tarro de mermelada abierto con un cuchillo dentro. Además de la obligatoria equipación de fútbol sucia descomponiéndose en el suelo.

El hervidor de agua se apagó —y con él los pensamientos sobre su casa—, Kate preparó el té y llevó las tazas al salón con una bandeja.

Jean estaba con la mirada perdida y mordisqueándose el pulgar.

—Esto está mejor —dijo Kate—. Lamento la interrupción. ¿Por dónde íbamos?

Tenía que admitir que estaba comenzando a preocuparse. Llevaba casi una hora con Jean Taylor y tenía el cuaderno lleno de anotaciones sobre su infancia y primeros años de casada. Pero eso era todo. Cada vez que se acercaba al tema en cuestión, Jean cambiaba de tercio y pasaba a algo seguro. En un momento dado, habían comentado los desafíos de criar niños y luego había habido un breve interludio en el que Kate había aceptado una de las insistentes llamadas de la oficina.

Terry no cupo en sí de gozo cuando se enteró de dónde estaba Kate.

—¡Genial! —exclamó al teléfono—. Bien hecho. ¿Qué te ha contado? ¿Cuándo puedes entregarnos algo?

Bajo la atenta mirada de Jean Taylor, Kate murmuró:

—Espera un minuto, Terry. Aquí la cobertura no es muy buena —y, fingiendo fastidio de cara a Jean con una teatral negación de cabeza, salió al jardín trasero—. Por el amor de Dios, Terry, estaba sentada a su lado. Ahora no puedo hablar —susurró—. Para ser honesta, la cosa va algo lenta, pero creo que está comenzando a confiar en mí. Deja que siga con ello.

—¿Ha firmado ya? —preguntó Terry—. Consigue que firme un contrato y luego ya podremos tomarnos nuestro tiempo para lo demás.

—No quiero asustarla con estas cosas, Terry. Haré lo que pueda. Hablamos luego.

Kate presionó el botón para colgar y consideró su próxima jugada. Tal vez debía mencionar el dinero directamente. Ya había preparado el té y mostrado compasión, ahora tenía que dejar de marear la perdiz.

Después de todo, Jean podía encontrarse en una situación apurada ahora que su marido había muerto.

Ya no estaba allí para mantenerla. Ni impedir que hablara.



## CAPÍTULO 4

*Miércoles, 9 de junio de 2010*

### **La viuda**

Todavía está aquí, una hora más tarde. Otro día le habría pedido que se marchara. Nunca me ha costado decirles a los periodistas que se pierdan cuando llaman a mi puerta. No resulta difícil cuando son tan maleducados. «Hola», dicen, y luego comienzan a hacer sus preguntas. Preguntas horribles e intrusivas. Kate Waters no me ha preguntado nada duro. Todavía.

Hemos hablado sobre toda clase de cosas: cuándo compramos Glen y yo la casa, el precio de las propiedades en esta zona, lo que le hicimos a la casa, el precio de la pintura, el vecindario, el barrio en el que me crié y fui a la escuela..., esta clase de cosas. Ella hace comentarios sobre todo lo que digo. «Oh, yo fui a una

escuela como ésa. Odiaba a los profesores, ¿tú no?», cosas así. Me hace sentir como si estuviera charlando con una amiga. Como si fuéramos iguales. Es inteligente por su parte, pero posiblemente se comporta así cada vez que entrevista a alguien.

En realidad, no es tan mala. Creo que podría caerme bien. Es divertida y parece amable, aunque quizá sólo esté representando un papel. Me ha hablado de su marido —su «maromo», lo llama— y me ha dicho que tiene que llamarle luego para avisarle de que quizá llegará tarde a casa. No estoy segura de por qué debería llegar tarde, todavía no es la hora de almorzar y vive a sólo treinta minutos si coge la Ronda Sur, pero le digo que lo llame ahora para evitar que se preocupe. Glen se habría preocupado. Y luego me habría armado una buena si yo hubiera estado por ahí sin decirle nada. «No es justo para mí», habría dicho. Pero eso no se lo cuento a ella.

Kate se ríe y me dice que a estas alturas su maromo ya está acostumbrado, pero que se quejará porque tendrá que encargarse de los niños. Son adolescentes, me cuenta, se llaman Jake y Freddie y carecen de modales y de respeto.

—Tendrá que hacer la cena —cuenta—, aunque me apuesto lo que sea a que pide una pizza. A los chicos les encantará.

Al parecer, los chicos la vuelven loca, y también a su marido, porque no ordenan sus habitaciones.

—Viven en una pocilga, Jean —me explica—. No te creerías cuántos boles de cereales encontré el otro día en la habitación de Jake. Prácticamente una vajilla completa. Y pierden calcetines cada semana. Nuestra casa es como el Triángulo de las Bermudas del calzado. —Y entonces se vuelve a reír porque los quiere a pesar de sus pocilgas.

Lo único que yo puedo pensar es: «Jake y Freddie, qué nombres más encantadores». Me los guardo para luego, para mi colección, y asiento como si comprendiera cómo se siente. Pero en realidad no lo hago. Me habría encantado tener sus problemas. Me habría encantado tener un adolescente al que fastidiar.

En cualquier caso, me sorprende a mí misma diciendo en voz alta:

—Glen podía ser un poco difícil cuando la casa estaba algo desordenada. —Sólo quería mostrarle que yo también había tenido mis propios problemas, que era como ella. Una estupidez, en realidad. ¿Cómo iba yo a ser como ella? ¿O como cualquiera? ¡Yo!

Glen siempre decía que yo era distinta. Cuando salíamos, presumía de mí y les decía a sus amigos que yo era especial. En realidad, yo no entendía bien a qué se refería. Trabajaba en una peluquería llamada Hair Today —una pequeña broma de Lesley, la dueña—<sup>1</sup> y me

1. Juego de palabras intraducible entre *Hair* («pelo») y *Here* («aquí»), de pronunciación parecida, y la expresión *Here*

pasaba todo el día lavándoles el pelo y preparándoles tazas de café a mujeres menopáusicas. Había pensando que trabajar en una peluquería sería divertido, o incluso glamuroso. Pensaba que cortaría el pelo y crearía nuevos estilos, pero apenas tenía diecisiete años y me encontraba en lo más bajo del escalafón.

—Jean —decía Lesley—, ¿puedes lavarle el pelo a esta señora y luego barrer en torno a las sillas? —Ni por favor ni gracias.

Las clientas no estaban mal. Les gustaba contarme sus noticias y problemas porque las escuchaba y no intentaba darles consejo como Lesley. Yo asentía, sonreía y me perdía en mis ensoñaciones mientras ellas cotorreaban sobre sus nietos esnifadores de pegamento o la vecina que les echaba los excrementos de su perro por encima de la verja. Pasaban días enteros sin que formulara una opinión más allá de «Qué bien» o haciendo planes de vacaciones para que la conversación siguiera fluyendo. Pero seguí trabajando ahí. Me apunté a cursos, aprendí a cortar y teñir y comencé a tener mis propias clientas. No ganaba mucho pero tampoco había ninguna otra cosa que se me diera especialmente bien. La escuela no era lo mío. Mi madre solía decirle a la gente que yo era disléxica, pero la verdad era que no mostraba el menor interés.

---

*today, gone tomorrow*, que podría traducirse literalmente como «Hoy aquí, mañana ya no». (N. del t.)

Entonces apareció Glen y, de repente, yo pasé a ser «especial».

En el trabajo, las cosas no cambiaron demasiado. No socializaba con las otras tres chicas porque a Glen nunca le gustó que saliera por mi cuenta. Decía que las otras chicas eran solteras y que iban por ahí en busca de sexo y alcohol. A juzgar por las historias que contaban los lunes, probablemente tenía razón. Cuando me decían que saliera con ellas, me limitaba a ponerles excusas y al final dejaron de hacerlo.

Me gustaba mi trabajo porque podía abstraerme en mis cosas y no había estrés alguno. Me hacía sentir a salvo: el olor de los productos químicos y el pelo alisado, el ruido de las charlas y los grifos abiertos, los secadores encendidos y lo predecible que era todo. Mis días los regían las anotaciones hechas con un lápiz de punta roma en la agenda.

Todo estaba decidido, incluso el uniforme de pantalones negros y camisa blanca; salvo el sábado, cuando todas debíamos ponernos pantalones vaqueros. «Es algo insultante para una mujer de tu experiencia. Eres estilista, no una novata, Jeanie», diría Glen más adelante. En cualquier caso, eso suponía que no tuviera que decidir cómo vestirme —ni qué hacer— la mayor parte de los días. Me evitaba complicaciones.

A todo el mundo le gustaba Glen. Los sábados venía a recogerme y solía inclinarse sobre el mostrador para hablar con Lesley. Era un gran conversador, mi

Glen. Lo sabía todo sobre el lado empresarial de las cosas. Y podía hacer reír a la gente incluso cuando estaba hablando sobre temas serios.

—Tu marido es muy listo —decía Lesley—. Y muy guapo. Eres una chica afortunada, Jean.

Siempre tuve la sensación de que no podía creerse que Glen me hubiera elegido a mí. A veces, yo tampoco podía. Cuando se lo contaba, él se reía y me atraía hacia sí.

—Tú eres todo lo que quiero —me decía entonces.

Me ayudó a ver las cosas tal y como eran. Supongo que me ayudó a crecer.

Cuando nos casamos, yo no tenía ni idea de administrar dinero ni llevar una casa, de modo que Glen me daba una asignación semanal para los gastos del hogar y un cuaderno para que yo apuntase todo lo que gastaba. Luego nos sentábamos y él cuadraba las cuentas. Aprendí mucho de él.

Kate está hablando otra vez, pero no he oído cómo empezaba. Es algo sobre un «acuerdo» y menciona dinero.

—Lo siento —le digo—. Me he quedado un momento absorta en mis pensamientos.

Ella sonrío con paciencia y vuelve a inclinarse hacia delante.

—Sé lo difícil que es esto, Jean. Tener la prensa en la puerta de tu casa noche y día. Pero, honestamente, el único modo de librarse de los periodistas es hacer

una entrevista. Así perderán interés y te dejarán en paz.

Asiento para demostrarle que estoy escuchándola, pero ella cree que estoy accediendo a realizar la entrevista y se entusiasma.

—Un segundo —digo un poco asustada—. No estoy diciendo ni que sí ni que no. Tengo que pensármelo.

—Estaríamos encantados de pagarte algo en compensación por tu tiempo y para ayudarte en estos momentos difíciles —se apresura a decir.

Es curioso cómo intentan disfrazar las cosas. ¡Compensación! Quiere decir que me pagará para que se lo cuente todo, pero no quiere arriesgarse a ofenderme.

Con el tiempo he tenido muchas ofertas con cantidades de esas que sólo se ganan con la lotería. Deberías ver las cartas que han dejado en mi buzón los periodistas. Te sonrojarían de lo falsas que son. Aun así, supongo que es mejor que las cartas llenas de odio que también recibo.

A veces, la gente arranca un artículo del periódico sobre Glen y escribe encima MONSTRUO con letras mayúsculas y lo subraya varias veces. A veces lo hacen con tanta fuerza que el bolígrafo rasga la página.

En cualquier caso, los periodistas hacen lo contrario. Pero resultan igual de nauseabundos.

«Querida señora Taylor —o, a veces, simplemente Jean—, espero que no le importe que le escriba en es-

tos difíciles momentos, bla, bla, bla. Se han escrito muchas cosas sobre usted, pero nos gustaría darle la oportunidad de que cuente su versión de la historia, bla, bla, bla.»

Glen solía leerlas poniendo voces y nos reíamos y luego yo las guardaba en un cajón. Pero eso era cuando todavía estaba vivo. Ahora no tenía nadie con quien compartir esta oferta.

Bajo la mirada a mi té. Se ha quedado frío y hay una pequeña capa en la superficie. Es esa leche entera que Glen insiste en que compre. Insistía. Ahora puedo comprar desnatada. Sonrío.

Kate, que está vendiéndome lo sensible y responsable que es su periódico y Dios sabe qué más, ve la sonrisa como otra señal positiva. Me ofrece llevarme un par de noches a un hotel.

—Para alejarte de los demás periodistas y de toda la presión —dice—. Para que tengas un respiro, Jean.

«Necesito un respiro», pienso yo.

Y justo en ese momento suena el timbre de la puerta. Kate echa un vistazo por las cortinas de encaje y suelta un silbido.

—Maldita sea, Jean, fuera hay un tipo del canal de televisión local. No contestes y se marchará.

Hago lo que se me dice. Como siempre. Kate está ocupando el lugar que le pertenecía a Glen. Me protege de la prensa. Salvo que, claro está, ella también es periodista. ¡Oh, Dios, estoy aquí con el enemigo!



Me vuelvo para decir algo, pero el timbre suena otra vez y levantan la tapa del buzón, con un ruido metálico.

—¿Señora Taylor? —Una voz resuena en el vestíbulo vacío—. ¿Señora Taylor? Soy Jim Wilson, de Capital TV. Sólo quiero un minuto de su tiempo. Será rápido. ¿Está en casa?

Kate y yo nos quedamos en silencio mirándonos la una a la otra. Está muy tensa. Es extraño ver a otra persona experimentando lo que yo he estado sufriendo dos o tres veces al día. Quiero decirle que he aprendido a permanecer en silencio. A veces incluso aguanto la respiración para que no sepan que hay alguien en casa. Pero Kate no puede estarse quieta. De repente, coge su móvil.

—¿Vas a llamar a un amigo? —pregunto con la intención de romper la tensión, pero entonces el tipo de la tele me oye.

—Señora Taylor, sé que está ahí. Por favor, ábrame la puerta. Le prometo que sólo será un momento. Sólo necesito hablar con usted. Queremos ofrecerle una plataforma...

—¡Vete a la mierda! —exclama Kate de repente, y yo me la quedo mirando.

Glen nunca habría permitido que una mujer dijera eso en su casa. Ella se vuelve hacia mí, me pide perdón en voz baja y luego se lleva el dedo índice a los labios. El tipo de la tele efectivamente se larga.

—Bueno, está claro que eso funciona —digo.

—Lo siento, pero es el único lenguaje que comprenden —señala, y se echa a reír. Es una risa agradable, parece auténtica, y últimamente no he oído reír mucho—. Ahora resolvamos lo del hotel antes de que aparezca otro periodista.

Yo me limito a asentir. La última vez que fui a un hotel fue cuando Glen y yo pasamos un fin de semana en Whitstable, hace ya unos años. 2004. Para celebrar nuestro decimoquinto aniversario.

—Es un hito, Jeanie —dijo él—. Muchos robos armados reciben una condena menor. —Le gustaba bromear.

Whitstable sólo estaba a una hora de casa, pero nos alojamos en un encantador hotel de la costa, comimos un buen *fish and chips* y dimos un paseo por la playa de piedras. Mientras caminábamos, yo iba cogiendo piedras planas para que Glen las hiciera rebotar en la superficie del mar y luego contábamos juntos los botes. El viento agitaba las velas en los mástiles de las pequeñas embarcaciones y echó a perder mi peinado, pero creo que fui verdaderamente feliz. Glen no habló mucho. Sólo quería pasear y a mí me bastaba con tener su atención.

Y es que por aquel entonces Glen estaba desapareciendo de mi vida. Estaba allí pero en realidad era como si no estuviese, no sé si entiendes lo que quiero decir. Parecía que estaba más casado con el ordena-

dor que conmigo. En todos los sentidos, como descubriría más adelante. Tenía una cámara de esas para que la gente pudiera verlo y él a ellos cuando hablaban. La luz de esas cosas hace que todo el mundo parezca muerto. Una especie de zombi. Yo lo dejaba hacer. Lo dejaba con sus tonterías.

—¿Qué haces ahí toda la tarde? —le preguntaba, y él se encogía de hombros y decía:

—Nada. Sólo charlo con amigos. —Pero se pasaba horas haciendo Dios sabe qué. Horas.

A veces, me despertaba en mitad de la noche y él no estaba a mi lado en la cama. Podía oír el murmullo de su voz en el cuarto de invitados, pero sabía que no debía molestarlo. Mi compañía no era bienvenida cuando estaba en el ordenador. Si le llevaba una taza de café, tenía que llamar a la puerta antes de entrar. Él decía que si entraba directamente lo asustaba. Así pues, llamaba y él entonces apagaba la pantalla y se volvía hacia mí para coger su taza de café.

—Gracias —decía.

—¿Algo interesante en el ordenador? —le preguntaba yo.

—No —contestaba él—. Lo de siempre. —Fin de la conversación.

Yo nunca utilizaba el ordenador. Ésa era su sección.

Pero creo que siempre supe que ahí estaba sucediendo algo. Fue entonces cuando comencé a referirme a ello como sus «tonterías». Así podía mencionarlo

en voz alta. A él no le gustaba que lo llamara así, pero en el fondo no podía decir nada. Era una palabra inocua. Tonterías. Algo y nada. Pero no era nada. Se trataba de obscenidades. Cosas que nadie debería ver, y menos todavía pagar por ver.

Cuando la policía encontró todo eso en su ordenador, Glen me dijo que no había sido cosa suya.

—Han encontrado cosas que yo no me he descargado, cosas horribles que se descargan de forma automática al disco duro cuando uno está mirando otras cosas —me dijo Glen.

Yo no sabía nada sobre internet o discos duros. Podría haber pasado, ¿no?

—A un montón de tíos los están acusando injustamente, Jeanie —me dijo—. Sale todas las semanas en los periódicos. Hay gente que roba tarjetas de crédito y las utiliza para comprar cosas de éstas. Yo no he hecho nada y así se lo he explicado a la policía.

Y como no dije nada, él prosiguió:

—No sabes lo que es que te acusen de algo así cuando no has hecho nada. Te hace polvo.

Yo extendí la mano y le acaricié el brazo. Él me cogió de la mano.

—Tomemos una taza de té, Jeanie —dijo. Y fuimos a la cocina y encendimos el hervidor de agua.

Al coger la leche del frigorífico, me quedé mirando las fotografías que había pegadas en la puerta: nosotros engalanados en Fin de Año, nosotros cubiertos

de motas de color magnolia mientras pintábamos el techo del vestíbulo, nosotros de vacaciones, nosotros en la feria. Nosotros. Éramos un equipo.

«No te preocupes. Me tienes a mí, Jeanie —me decía cuando yo regresaba a casa después de un mal día o algo—. Somos un equipo.» Y lo éramos. Había demasiado en juego para separarnos.

Y yo estaba demasiado involucrada para poder dejarlo. Había mentido por él.

Ya lo había hecho con anterioridad. Todo comenzó cuando llamé al banco para decir que estaba enfermo un día que no le apetecía ir. Luego volví a hacerlo cuando él me dijo que nos habíamos metido en problemas financieros y aseguré que habíamos perdido la tarjeta de crédito para que nos reembolsaran algunos de los reintegros realizados.

—No haces daño a nadie, Jeanie —me dijo—. Vamos, sólo esta vez.

Por supuesto, no fue sólo esa vez.

Supongo que esto es lo que Kate Waters quiere oír.

Oigo que pronuncia mi nombre en el pasillo y, cuando levanto la mirada, veo que está hablando con alguien por teléfono, diciéndole que venga a rescatarnos.

A veces, Glen me llamaba «su princesa», pero estoy segura de que hoy nadie va a venir a salvarme con un caballo blanco.

Decido volver a sentarme y esperar a ver qué sucede.